

En aquel otoño todo el mundo tenía miedo. La peste negra había llegado por el aire. Pero también acechaba en las guaridas subterráneas donde duerme el Maligno... Hasta que despierta.

En las grandes ciudades, sabedoras de que no había muralla alguna que la detuviera, los vecinos se habían atrincherado tras las puertas de sus casas. Mientras, en los monumentos y las calles, en los aeropuertos y las estaciones, las fuerzas de seguridad extremaban la vigilancia, esperando el ataque sorpresa del enemigo invisible. Ante ese azote del milenio, ante esa muerte en directo vista por televisión, todos pensaban que corrían malos tiempos.

Los profesores, después de pasar férreos controles policiales, habían viajado hasta Florencia en aviones semidesiertos de pasaje. Procedían de las universidades más prestigiosas de sus países. Llevaban las ponencias más depuradas de sus investigaciones. Pero, sobre todo, necesitaban conjurar el pánico colectivo a voz en grito. Aunque sólo fuera para espantar a los fantasmas de los cuatro jinetes que galopaban a la caza del hombre.

Porque el congreso al que asistían en ese diciembre de duelo tenía demasiado reciente la imagen del Apocalipsis. Un tiempo de la historia había caído junto al desplome de las Torres Gemelas en una nube de polvo y en un estruendo de nada. Un trozo de la vida había

expirado junto a la carnicería humana en un amasijo de escombros y en un desasosiego de todo. Desde la plaga medieval nunca las gentes se habían sentido tan inseguras.

El Instituto Universitario Europeo había organizado mucho antes de ese desconcierto un seminario internacional sobre «La deconstrucción de los cuentos populares a la luz de la posmodernidad». Los participantes, especialistas de reconocido prestigio en literatura comparada, se alojaban en el hotel San Marco, próximo al convento de frailes dominicos que hicieran famoso los frescos coloristas de Fra Angelico. Desde ahí, al alba ruidosa por el ajetreo de la terminal de autobuses, se fueron trasladando día a día hasta la sede del simposio, a media falda de la carretera que asciende a la colina de Fiésole.

16 En el antiguo refectorio que hace las veces de salón de actos debatieron sobre la vigencia de los relatos más tradicionales del folclore. Sabían que sus moralejas ya no servirían de nada. Ni en el vacío ruinoso de Manhattan. Ni en las montañas inhóspitas de Afganistán. Que sus enseñanzas humanistas, antaño tan reputadas en los círculos culturales, pasarían desapercibidas en medio de la confusión del planeta. Pero engañaban su angustia mediante el decorado académico de unas palabras destinadas a ser carne de papel en actas anacrónicas. El mundo estaba cambiando, y ellos, apenas hojas caídas del siglo pasado, serían barridos junto a la hojarasca de la guerra global.

La última mesa redonda del congreso versó sobre la lectura oral de la literatura escrita. La presidía el director del departamento de Historia y Civilización, el influyente doctor Jason Williams, quien había escogido el tema del coloquio e invitado a los participantes. Tras hacer un balance final de las ponencias, mientras los

asistentes comenzaban a romper el silencio protocolario, el moderador olvidadizo recordó el orden del día para la excursión festiva que cerraría las jornadas.

—Estimados colegas —alzó la voz en su depurado acento de Oxford, mientras se ajustaba las gafas a su cara blanquecina—. Un momento de silencio, por favor. Queda un asunto por informarles.

—¡Chiís...! —susurró la secretaria del congreso, Katrina Loys, jefa de la sección de manuscritos de la *Hispanic Society of America* de Nueva York, que, de rostro agradable y gestos extrovertidos, se llevó el índice a los labios y miró alrededor del público—. A ver qué sorpresa nos guarda el director.

—Gracias *missis* Loys —a quien confió la secretaría en correspondencia por su invitación al *Hispanic Seminary of Medieval Studies* para comparar las literaturas medievales inglesa y española—. Se me había pasado comentarles el programa de mañana. Nos encontraremos aquí, en el *parking* de la Abadía Fiesolana, a las nueve horas. Les ruego que sean puntuales, porque tenemos una agenda muy apretada.

—¿Nos puede detallar un poco más el horario de las actividades? —preguntó una profesora alemana de pelo pajizo y tipo orondo—. Algunos volamos esa misma tarde y no podemos quedarnos a la cena de clausura.

—A eso voy, *fräulein* Schmit. Subiremos temprano a San Domenico de Fiésole. La profesora María Bettini, historiadora del arte de la Universidad de Florencia, que es una colaboradora habitual de la casa, será nuestra guía en el pueblo. Y aquí es donde viene lo bueno. Porque hasta hoy mismo no había llegado la confirmación. ¡Nos ha concertado una visita a la Villa Palmieri!

Que, como saben, pasa por ser el jardín donde está ambientado *El Decamerón*.

—¡Estupendo! ¡Muy bien! —se escucharon algunas exclamaciones de los oyentes.

—Este tipo siempre tiene que montar un *show* —comentó por lo bajo el holandés Van der Vaart a su compañero de al lado, mientras se ruborizada su rostro pecoso, resentido como estaba desde que compitiese con el candidato de Oxford por la dirección del departamento en el Instituto Europeo—. Podía limitarse a darnos una copa de oporto con galletas rancias como hace en todos los congresos que se monta.

—Pero al margen de ese afán de protagonismo —se solidarizó con su queja el veterano Joan Amaral, que había sido eurodiputado antes de retornar a su cátedra en la Universidad de Lisboa—. No sé por qué permitimos que los ingleses copen los cargos directivos de las instituciones comunitarias. Y mira que los portugueses nos llevamos bien con ellos. Pero los países pequeños estamos marginados.

—Encima son los más escépticos sobre Europa.

—Claro que sí. Durante mis años en el Parlamento, todos pensábamos que los británicos eran los espías de sus *primos* los yanquis, y, por lo que vemos, todavía no han desmentido lo que es un secreto a voces.

—¡Qué mejor guinda a un seminario sobre cuentos que evocar a Boccaccio en el escenario de sus personajes! —prosiguió un impertérrito Jason, ajeno a las murmuraciones de algunos de sus colegas.

—Y supongo que cada uno de nosotros tendrá que narrar alguna aventura erótica —añadió en tono pícaro el ponente napolitano Giorgio Rossi, que, embutido en un

traje a rayas y sin quitarse sus gafas de sol bajo techado, se daba aires de seductor.

—Eso el que las tenga o las recuerde —terció el anciano catedrático sardo Paolo Moreddu—. Porque yo lo único que puedo contar acerca de mis atributos son desventuras urinarias... Por decirlo finamente —y el chascarrillo arrancó la risa de los congresistas.

—Señores... No empecemos a desbarrar —dijo el director para reconducir su anuncio de la ruta prevista para conocer el patrimonio local—. Después de recorrer el jardín de la villa, nos acercaremos a comer a una casa de turismo rural, llamada *Castelo di Baco* como la marca del vino *chianti* que elabora. Les aseguré que está en un paraje exuberante, rodeada de viñas, cipreses y prados que florecen en primavera. Es el lugar donde E. M. Forster, en su obra *Una habitación con vistas*, sitúa el beso entre los protagonistas Lucy y George durante un *picnic*. De modo que no se quejarán ustedes. El programa de la gira cultural no puede ser más literario.

—Ni más besucón —volvió a decir el viejo bromista.

—O lo que se tercié —apostilló el presunto *latin lover* napolitano—. Porque según un proverbio de mi tierra «en el amor se empieza por las alturas y siempre se acaba por los bajos».

—¡Bueno, bueno! ¡Ya está bien de chistes! —atajó la salida de tono el director, viendo que el ambiente distendido se le iba de las manos—. Concluyo en un momento... Después de la comida, a primera hora de la tarde, cuando aún haya luz natural, regresaremos a Florencia para que unos puedan viajar y otros puedan descansar antes de la cena de gala. Nada más y que pasen buena noche.